

Venezuela y América Latina en el laboratorio poshegemónico

Germán Bernasconi (FTS - IDICHS/CONICET)

Resumen: El debate académico sobre los procesos posneoliberales en América Latina es amplio y prolífico. En el presente artículo nos proponemos visitar una de sus nuevas ramas: la poshegemonía. Basada en la crítica a la teoría de la hegemonía como forma dominante de análisis, someteremos la propuesta de Jon Beasley-Murray al análisis histórico del único proceso en curso analizado en su libro: la Venezuela bolivariana.

Palabras clave: Venezuela – chavismo – poshegemonía – crítica – historia

Summary: The academic debate on the postneoliberal processes in Latin America is wide and prolific. In this article we propose to revisit one of its new branches: Posthegemony. Based on the critique of the theory of hegemony as a dominant form of analysis, we will submit Jon Beasley-Murray's proposal to the historical analysis of the only developing process analyzed in his book: Bolivarian Venezuela.

Key words: Venezuela – Chavism – Posthegemony – critique – History

Introducción ¹

La poshegemonía latinoamericana no existe, sin embargo, plantea debates que consideramos necesarios.

La efervescencia del proceso político latinoamericano abierto, en 1999 con la llegada al gobierno de Hugo Chávez Frías (1954-2013) y las revueltas populares que se produjeron en numerosos países de la región, tuvo su impacto en las teorías críticas que leen el fenómeno en curso. En su libro *Poshegemonía. Teoría y política en América Latina* (2010) Beasley-Murray intenta proponer una respuesta crítica a las explicaciones que la historiografía y la sociología política han elaborado sobre ese período.² Estos análisis, entre los cuales aquellos de Ernesto Laclau son los más citados por Beasley-Murray, han sido elaborados tomando

¹ Quiero agradecer al equipo de la Cátedra de Historia Social Argentina y Latinoamericana de la FTS y al Proyecto de Investigación, donde discutí este trabajo. A Adrian Celentano, con el que corregí y debatí este trabajo en numerosas oportunidades y los aportes de Marcelo Starcenbaum con el que por primera vez dialogué sobre el tema.

² BEASLEY-MURRAY, Jon: *Poshegemonía. Teoría política y América Latina*, Buenos Aires, Paidós, 2010.

como base la teoría de la hegemonía en general, especialmente en clave populista, así como las expectativas sobre la sociedad civil.

Debemos mencionar que la poshegemonía no es invención de Beasley-Murray, sino que el debate sobre la poshegemonía se inicia con la obra de Alberto Moreiras (2001) y se incrementa con los aportes de John Beverley (2013).³ La polémica sobre la poshegemonía ha llegado a la Argentina con los artículos de Starcenbaum (2015), Carassai (2015) y Nunes (2015), intervenciones editadas en el número dieciséis (2015-2016) de *Políticas de la Memoria* publicada por el CeDInCI.⁴

Beasley-Murray critica y reemplaza los postulados que, entiende, han cimentado el análisis de la hegemonía por tres componentes ya existentes que provienen de la teoría social, pero combinados de una manera novedosa: el *afecto*, postulado por Gilles Deleuze; el *habitus*, teorizado por Pierre Bourdieu y la *multitud* del teórico italiano Antonio Negri. En esta noción del concepto de multitud, resulta esencial el de cuerpo, el cual Negri toma de Spinoza. El autor postula que los cuerpos heterogéneos que conforman la multitud como cuerpo superior, en sus relaciones y contactos encarnados en habitus, expanden el afecto que potencia al cuerpo (y los cuerpos) mismos, en una lógica inmanente. Basándose en estos conceptos, el autor construye el edificio poshegemónico como postulado alternativo para una lectura de la historia latinoamericana desde la conquista española hasta el presente. A la vez enuncia una teoría que, según afirma, comprende de forma más cabal la realidad histórica de los países al sur del Río Bravo, contra una teoría de la hegemonía que “sustituye” los movimientos de la sociedad por categorías sin agencia, sin poder constituyente: el pueblo, por ejemplo. Vale decir que, más allá del acercamiento crítico que presentaré a las posiciones de Beasley-Murray, resultan una empresa valiosa en sí misma los esfuerzos por explicar el conjunto de la historia colonial y poscolonial de América Latina en una unidad teórica que intente superar las explicaciones fundacionales de la historiografía.

³ MOREIRAS, Alberto: *The Exhaustion of Difference. The Politics of Latin American Cultural Studies*, Durham, Duke University Press, 2001. BEVERLY, John: “El ultraizquierdismo: enfermedad infantil de la academia”, en *Alternativas*, n°1. Ohio University, 2013.

⁴ CARASSAI, Sebastián: “Para una crítica de la teoría Política de Poshegemonía de Jon Beasley-Murray”; STARCENBAUM, Marcelo: “Poshegemonía: notas sobre un debate”; NUNES, Rodrigo: “Los límites de la multitud”, en *Políticas de la Memoria*, n°16, Buenos Aires, CeDInCI, verano 2015-2016, pp. 21-49.

En la primera parte de su libro, apelando a un sinnúmero de afirmaciones provocadoras, Beasley-Murray intenta mostrar los límites de la hegemonía en el campo de los estudios culturales, los efectos que ha tenido sobre los análisis en torno al Estado además del rol de este último en la sociedad. El cuerpo del libro es, así, un recorrido por algunos pasajes de la historia latinoamericana que se inicia durante la conquista española. Allí el autor intenta mostrar de qué manera los textos destinados a los conquistados sirvieron de reafirmación ideológica a los conquistadores, bajo la máscara de una ficción contractual que legitimaron con la violencia. Luego de la conquista, el análisis se sitúa en el peronismo, en el cual el autor argumenta que los estudios culturales se contaminaron de una visión de la política entendida como populismo, lo que habría provocado el progresivo abandono del estudio del Estado, el cual retorna luego bajo otras formas. Seguidamente, Beasley-Murray analiza a Sendero Luminoso y al gobierno neoliberal peruano e intenta señalar la compatibilidad entre la teoría de los nuevos movimientos sociales y el neoliberalismo. Luego, en la ofensiva de la insurgencia en El Salvador, presenta el lugar constitutivo que tendría en la sociedad el afecto y la forma en la que éste es capturado y rutinizado, pero que también puede convertirse en fuga y cambio. Finalmente, en el proceso post dictadura en Chile, argumenta sobre la importancia del hábito en la producción y reproducción del orden social, donde también se produce un escape posible en ese hábito, denominado *conatus*, dentro del cual anida la posibilidad de cambio social.

En este artículo analizaré el epílogo, mediante el cual señalaré algunas críticas a sus postulados principales. El apartado mencionado está dedicado al único estudio de un proceso en curso en Latinoamérica: el chavismo en Venezuela y allí moviliza el conjunto de sus conceptos.⁵ El Caracazo de 1989 y el golpe de Estado de 2002 serán los protagonistas del análisis, con un énfasis importante en el rol de los medios de comunicación en las jornadas del 11 al 13 de abril de 2002, en las que se suceden el golpe y el contragolpe popular. En los tres primeros apartados presentaré el análisis que ofrece Beasley-Murray sobre el Caracazo,

NB: Ya que aquí nos concentraremos en los postulados de Beasley-Murray en *Poshegemonía*, todas las referencias que remitan solo a un número de página, corresponden al mencionado libro.

⁵ Un análisis del proceso chavista puede consultarse en BERNASCONI, Germán: “Sindicatos y gobierno en la Venezuela de Hugo Chávez: un primer acercamiento a una relación turbulenta”, en: *Los Trabajos y los Días. Revista de la cátedra de Historia socioeconómica de Argentina y América Latina*, n° 4 / 5, Facultad de Trabajo Social de la Universidad Nacional de La Plata, La Plata, 2015.

la creación del MVR así como del golpe y el contragolpe de las jornadas del 11 al 13 de abril de 2002.⁶ Seguidamente, desarrollaré contraargumentos a lo expuesto por el autor, sumando testimonios y bibliografía existente, con el foco de atención puesto en los mismos eventos elegidos por el autor del libro.

El Caracazo: habitus, multitud y afecto en acción

Beasley-Murray centra su análisis en dos hechos constitutivos del pasado reciente venezolano: primero, el Caracazo de febrero de 1989; y segundo, el golpe de Estado y el contragolpe popular sucedidos entre el 11 y el 13 de abril de 2002. En este apartado solo nos concentraremos en el primero, que el autor caracteriza como un novedoso evento insurgente de la historia latinoamericana, con proyección internacional, ya que “fue la primera de las fracturas sociales que marcaron el final del pacto social y presagiaron el giro a la izquierda. [Y] fue un punto de inflexión en la historia venezolana y, según Coronil y Skurski, fue parte de un `reordenamiento a escala mundial de la política orgánica’” (260-264).

Recordemos que este novedoso evento abre un escenario de crisis de representación en Venezuela que se venía incubando con el crecimiento del abstencionismo electoral durante la década de los ochenta. Luego del Caracazo, el entonces Coronel Hugo Chávez Frías ingresa en la vida política nacional y, en las elecciones de 1998, enfrenta y derrota a los partidos hasta entonces mayoritarios. Su victoria produce el estallido del sistema de bipartidismo. Vale decir que Chávez dio por tierra con el sistema fundado en 1958 conocido como el Pacto de Punto Fijo, firmado por los dos grandes partidos: Acción Democrática (AD) y el Comité de Organización Política Electoral independiente (COPEI).

La revuelta de 1989 emerge, para Beasley-Murray, como un *in crescendo* iniciado por una protesta contra el incremento del precio del transporte público para luego convertirse en una impugnación al ajuste neoliberal efectuado por Carlos Andrés Pérez. Este presidente, de tradición socialdemócrata, fue virando en sus posiciones y, contaba con el prestigio derivado de su primera presidencia, marcada por el auge petrolero. La manifestación derivó en saqueos, en la ocupación del espacio público y en el quiebre de la

⁶ El MVR es el Movimiento Quinta (V) República, herramienta electoral de izquierda creado por H. Chávez en 1997 con el fin de presentarse al juego electoral.

acción gubernamental y policial, configurando la ruptura de la “ficción hegemónica”. Beasley-Murray señala:

El gobierno se quedó literalmente mudo por los acontecimientos. No pudo articular ni la más mínima ficción de hegemonía. El pacto social se quebró casi por completo. Y la eventual respuesta del gobierno hizo añicos toda noción de contrato con un Estado benevolente y protector que pudiera haber sobrevivido al alzamiento inicial. Porque cuando el Estado finalmente se puso en movimiento, dirigió toda su fuerza en contra de su propia ciudadanía (261-262).

En ese uso de “toda su fuerza” estatal, el autor observa el quiebre de la promesa benevolente y protectora de la política hegemónica: la coerción emerge siempre como respuesta última frente al cuestionamiento del contrato social y el orden. Por ello señala el Caracazo fue el final del Pacto de Punto Fijo, por el desborde popular y por el abandono de la política hegemónica por parte del Estado.

Para explicar la revuelta, el autor recurre a uno de los conceptos básicos de la formulación poshegemónica: el *habitus*. Beasley-Murray afirma que el Caracazo sería una respuesta del impulso conservador del *habitus* social, al que intenta asignarle un valor no negativo: para el autor, la tradición puede ser un impulso a la protesta. A fin de sostener esta noción, relata los eventos sucedidos durante el bloqueo naval por parte de Gran Bretaña y Alemania en 1902, los disturbios de 1935 luego de la muerte del dictador Juan Vicente Gómez y los intentos de encauzar a la multitud para convertirla en pueblo. La historia de Venezuela y de América Latina, entonces, es el constante surgimiento y la domesticación de la multitud como sujeto imposible de ser representado dentro de los cánones hegemónicos y al cual se le impone un *habitus* que drena sus energías rebeldes:

En síntesis, la rápida modernización y urbanización de Venezuela durante la primera mitad del siglo XX (cuando se descubrió petróleo, y la economía, basada en la agricultura, se transformó en una economía basada en los hidrocarburos) se caracterizó por una serie de protestas y manifestaciones multitudinarias. Pero eventualmente fueron absorbidas y desarmadas por la llamada sociedad civil. El Pacto de Punto Fijo en 1958 fue la culminación de un largo proceso de reacción estatal a esta multitud omnipresente. (263-264)

Inscrito en esta larga tradición de batallas y luchas adormiladas por más de 50 años de democracia pactada y distribución de la renta petrolera, el Caracazo para Beasley-Murray revive los impulsos latentes en una multitud adormilada en años de política hegemónica rutinizada.

Por la defensa del *habitus* en pos de la supervivencia, la multitud emerge esgrimiendo los afectos latentes de su propia historia de lucha. La tríada poshegemónica tiene en el Caracazo su coro completo. Los ecos del Caracazo replicaron en un grupo de oficiales bolivarianos que se reunían clandestinamente y los arrojó a la acción pública.

De la conspiración a la legalidad: del MBR a MVR

Beasley-Murray emprende a continuación el relato de las vivencias de Hugo Chávez como miembro conspirador del Movimiento Bolivariano Revolucionario 200 (MBR-200). Allí los sitúa como un grupo de “aspirantes a revolucionarios que habían jurado fidelidad a un vago conjunto de ideales basados en la filosofía política iluminista de Simón Bolívar.” (Beasley-Murray 2010, 264) El autor destaca que Chávez reconoció en el Caracazo al poder constituyente y el grupo conspirador elaboró un plan de reforma constitucional a modo de salida del sistema bipartidista. El intento de golpe ocurrido el 24 de febrero de 1992 fue la forma que eligió el MBR-200 para emprender la refundación del país, sin embargo, el movimiento militar fracasa cuando los aliados civiles se retiran y no se logra tomar el Palacio de Miraflores, sede del poder ejecutivo nacional. Hugo Chávez es detenido y, en una breve alocución, anuncia que “*por ahora* los objetivos que nos hemos impuesto en la ciudad capital no se han cumplido”⁷ y para explicar su fracaso, afirma posteriormente que “la población civil no apareció”.⁸ Beasley-Murray afirma en clave poshegemónica: “El pueblo había desaparecido” (265). Sin embargo, el autor toma la famosa alocución televisiva citada (el “*por ahora*”) como la clave analítica de la construcción política del chavismo en el gobierno. La televisión hace la entrada en el análisis del autor.

⁷ Famosa alocución de Hugo Chávez Frías frente a las cámaras de televisión al momento de su rendición.

⁸ GOTT, Richard: *In The Shadow of the Liberator: Hugo Chávez and the Transformation of Venezuela*. Londres, Verso, 2000.

EL MBR, luego de la salida de Chávez de la cárcel en marzo de 1994, se convirtió en el MVR un movimiento político sin estructura partidaria consolidada, que, sin embargo, resultó efectivo como maquinaria electoral puesto que barre los vestigios de la Cuarta República de 1958. El movimiento conspirador se legalizó, entró en alianzas con partidos de izquierda, dirigencias sindicales disidentes y movimientos sociales, desestructurando de este modo un sistema político considerado, hasta ese momento, uno de los más estables de América Latina. Sin embargo, el triunfo electoral y la reforma constitucional conllevan, para Beasley-Murray, un destino fatal; el fin institucional del puntofijismo implica para el autor que una “nueva guardia” conduce al Estado, solo reemplazando a la “vieja guardia”.

Sin embargo, aún en los términos restringidos del análisis de “guardias” que realiza el autor, el proceso social no se había cerrado, ya que nuevos enfrentamientos entre chavismo y oposición van a determinar la etapa posterior, en la cual la multitud que se había visibilizado en el Caracazo –como propone Beasley-Murray– nuevamente aparece en escena. El golpe de Estado de 2002 fue el catalizador para su reaparición.

La multitud reemerge: del 11 al 13 de abril de 2002

Beasley-Murray sitúa su atención en el que podría considerarse el momento más importante del ciclo posneoliberal latinoamericano: el golpe del 11 de abril, y aún más importante, el contragolpe insurreccional del 13 de abril de 2002. Este hecho tiene enorme trascendencia, porque, en un continente signado por los golpes cívico militares durante todo el siglo XX y lo que va del XXI, el 13 de abril fue la primera vez en la que un pueblo pudo revertir la ofensiva conservadora por medio de una insurrección popular no esperada por los golpistas. El autor pone énfasis en un elemento central, pero no siempre presente en los análisis: la televisión. A partir de este elemento construye un relato del 13 de abril por lo visto y lo que no se ve, en un contraste dinámico entre la transmisión de la televisión privada y la de la televisión estatal y sus avatares durante las 48hs que duró el golpe fallido. Esto lo lleva a pensar que el golpe tuvo un fuerte eje en lo televisivo, eje compartido por el gobierno de Hugo Chávez:

El golpe fue la culminación previsible de una batalla por la pantalla; en el contragolpe, apenas dos días después, la multitud emergió inesperadamente, pero a cara descubierta. [...] La prensa y los canales de televisión lanzaron un

asalto abierto y coordinado al gobierno dándoles espacio a los opositores a Chávez. Solo el canal de TV estatal estaba abiertamente a favor del régimen. (Sic) Chávez impuso por decreto transmisiones en cadena, que obligaban a todos los canales a transmitir sus largos discursos a la nación. Dos series de discursos televisivos luchaban entre sí. Los medios comerciales redoblaron su oposición, subvirtiendo las cadenas mediante la sobreimpresión de textos que protestaban contra el “abuso” de la libertad de prensa, o dividiendo la pantalla entre imágenes de los discursos de Chávez de un lado e imágenes de protestas antigubernamentales del otro. La lucha por la dominación estaba corporeizada por la pantalla dividida de la TV.” (266)

El mismo análisis, las disputa entre pantallas, se repite para los sucesos del 11 de abril, en el que se pretende imponer un relato de la agresión del chavismo a la manifestación opositora, seguido de una larga etapa de repetición de imágenes y confusión, para finalmente aparecer una imagen que hace carne el rumor del derrocamiento de Chávez: la “llegada” a la presidencia de Pedro Carmona Estanga, presidente de FEDECAMARAS.⁹

A las pocas horas de establecido el gobierno de facto, comienza el ascenso de la multitud. En el curso de pocas horas el movimiento se volvió incontenible, las fuerzas armadas no intervinieron para reprimir las movilizaciones y la televisión estatal recuperada comenzó a replicar brindando otra versión de los hechos del 11 de abril: la violencia fue opositora, la renuncia de Chávez no existió. La multitud triunfa con la vuelta de Chávez al Palacio de Miraflores y, según Beasley-Murray, el saldo del contragolpe resulta claro con respecto a los medios:

El golpe había sido derrocado de manera casi invisible, en los márgenes de los medios. La democracia había retornado a pesar del silencio de asombrosas proporciones autoimpuestas por los medios. Una revuelta masiva estalló mientras las clases medias del país miraban novelas y programas de juegos; los canales de televisión cubrieron solo los momentos finales, y recién cuando fueron forzados a hacerlo. A partir de allí simplemente fueron testigos mudos de un acontecimiento casi sin precedentes mientras el golpe era volteado menos de cuarenta y ocho horas después del triunfo inicial. Sin nada para decir, los diarios del día siguiente simplemente no salieron. (269)

⁹ FEDECAMARAS es Federación de Cámaras y Asociaciones de Comercio y Producción de Venezuela, gremio empresarial fundado en 1944.

Sin embargo, el balance que el autor brinda sobre el chavismo es también duro y en él, la entrada de la multitud opera como redentora del proceso político:

la destitución del golpe fue también una revuelta contra el régimen televisivo de que el propio Chávez fue cómplice. El gobierno de Chávez dependía demasiado de la figura del propio presidente, cuya promesa de un contrato directo a través de un medio televisivo demostró ser insustancial. El chavismo creó el vacío político que permitió que por un breve lapso el pacto de extrema derecha entre las armas y el comercio tomara el control. Sin embargo, en el transcurso del acontecimiento, la multitud vino para llenar ese vacío. La insurrección del 13 de abril mostró que el régimen de Chávez no es producto de la televisión o el carisma, sino que está constituido por la multitud. El Presidente pensaba que podía servir de sustituto, enmascarando la agencia de la multitud como suya propia. Pero el propio Chávez está lejos de ser indispensable. (ibidem)

La multitud entonces resuelve la disputa televisiva y las fallas de la “sustitución”. Y seguidamente cierra el epílogo y el libro apelando a la necesidad de una nueva lectura en clave poshegemónica, en la cual se supere la sustitución de la multitud, el afecto y el hábito. El sustitucionismo que el autor asigna al chavismo aparece como clave explicativa, en perfecta concordancia con la crítica que realiza a la teoría de la hegemonía. El chavismo, según el autor, reemplazó la energía viva y creadora de la multitud por el domado pueblo o los afectos creadores por los sentimientos domesticados y canalizados. Ahora bien, parece apresurado hacer un balance del proceso político que llevó al golpe de Estado como creación de Chávez y de su política comunicacional, muchas veces restringida al canal oficial y algunas radios, como el mismo análisis de Murray enfatiza. Una muestra de ello es el documental irlandés “La revolución no será televisada” (2003), en el cual podemos observar en una escena como Chávez diagnostica la falta de una política comunicacional que se ve desbordada por los medios privados.¹⁰ En este documental también podemos observar a militantes de la derecha hablar con temor sobre organizaciones bolivarianas, lo cual nos otorga una pista contraria a la hipótesis de que todo fue “vacío llenado por la multitud”. En el siguiente apartado revisaremos con más detalle esta cuestión.

¹⁰ *La Revolución no será televisada*. (2003). [video] Finlandia: Kim Bartley & Donnacha O'Briain.

Reinterpretando el Caracazo

Luego de haber presentado las posiciones de Beasley-Murray, me centraré en el Caracazo de 1989 y el golpe de estado de 2002 para iluminar algunas inconsistencias en el análisis poshegemónico tal y como lo propone el autor.

El Caracazo ha sido un suceso ampliamente analizado. Como bien recopila Reinaldo Iturriza López, las explicaciones canónicas se basan en dos vertientes: la liberal, que toma a la protesta como hastío, pero apolítica y cuasi barbárica; y la de inspiración marxista, que nos introduce en el mundo de la rebeldía primitiva de una muchedumbre que defiende una economía moral frente al acaparamiento de los comerciantes.¹¹

Podemos inscribir la explicación de Beasley-Murray (en la que también podemos situar a Iturriza López) en un tercer polo. Esta tercera vía intenta situar al Caracazo como el despliegue de la acción de un sujeto diverso, escurridizo, que resiste toda forma de nominación y simbolización, que no puede ser contenido –es decir, “sujetado”– salvo por sí mismo: esta es la multitud. Beasley-Murray la define como la que “está al comienzo de todo” y, citando a Negri,¹² como “el nombre ontológico de lo lleno contra lo vacío” (Beasley-Murray 2010, 217). La multitud, entonces, sería todo, salvo quienes intentan domarla, encausarla. Allí, por ende, no importan diferencias de clase, de género, raza o etnia, porque devenir en multitud es “la turbulencia que permanentemente amenaza con desestabilizar identificaciones y lealtades populares” (Beasley-Murray 2010, 219). Esta definición de multitud es la que permite escapar a la dificultad de explicar cómo, en el Caracazo, las barriadas populares fueron capaces de enfrentarse con los propios comercios de su barrio pero dejaron intactas las casas partidarias que sostenían el régimen de dominación política bipartidista consagrado en el Punto Fijo. Ahora bien, ¿es posible unificar las diversas experiencias de 40 años de un régimen político para sectores con diferencias de clase y/o género?

Vale reconocer que esta crítica también se le puede realizar a la teoría de la hegemonía postulada por Laclau en *La razón populista* y que Beasley-Murray erige como

¹¹ ITURRIZA LÓPEZ, Reinaldo: *27 de febrero de 1989: interpretaciones y estrategias*, Caracas, Ministerio del Poder Popular para la Cultura, 2012.

¹² NEGRI, Antonio: “Para una definición ontológica de la multitud”, en *Multitudes*, n° 9, París, 2002, pp. 36-48.

rival. Su elección se justifica por el alcance de la obra de Laclau, ampliamente discutida en ámbitos académicos, trascendiendo la polémica a diarios y hasta a programas de televisión de alcance nacional. A riesgo de reducir la complejidad del esquema laclausiano, podemos señalar que la gestación de una nueva identidad, el pueblo, se realiza mediante la adición de grupos o personas portadoras de alguna “demanda”, unidad que Laclau utiliza para resumir cualquier tipo de petición, vulneración, situación conflictiva o deseo de cambio que puede encontrarse tanto en la vida cotidiana como en complejos programas políticos¹³. La condición para que estas demandas se encuentren es que sean “populares”, es decir, que no puedan ser satisfechas dentro del sistema político tradicional. La forma de “equivalenciar” estas demandas, a fin de poder formar un todo superior se da mediante la construcción de un significativo vacío, en el cual cada grupo portador de demandas puede reflejarse. Así se explicaría la heterogeneidad de un sujeto pueblo, en términos de Laclau. Ahora bien, creemos que deviene un riesgo muy importante hacer de estos grupos portadores de demandas solo eso porque implicaría perder la densidad histórica de sus reclamos, los pliegues y dobleces que luego explican sus fracturas y divisiones. La multitud toninegriana que evoca Beasley-Murray parece sufrir del mismo déficit, en el cual cada historia colectiva sería automáticamente subsumida “por medio de contigüidad y contacto, propagándose mediante encuentros afectivos.” (Beasley-Murray 2010, 218).

Durante el Caracazo, los aparatos represivos estatales, especialmente la policía, se vio desbordada y fue superada por la multitud. Esta multitud anuló el poder del dinero mediante el saqueo, el trueque y la solidaridad, lo cual, para Beasley-Murray, se convierte en un ejercicio del poder constituyente que derrota al poder constituido. Sin embargo, ese poder constituyente choca con las formas sociales, culturales y mercantiles en las cuales se dan cotidianamente las múltiples relaciones sociales que constituyen nuestras vidas. Creemos que resulta contradictorio pensar un poder constituyente que no se exprese en ninguna positividad que construya un nuevo proyecto de sociedad, por más precaria que sea su expresión.

¹³ En el esquema laclausiano, una demanda por “seguridad” puede ser articulada como equivalente a la demanda “socialismo”, siempre que se den las circunstancias correctas. LACLAU, Ernesto: “La deriva populista y la centroizquierda latinoamericana” en *Nueva Sociedad*, n° 205, Fundación Friederich Ebert, Buenos Aires, pp. 56-61.

Una breve comparación con un hecho similar quizás nos permita observar una clave importante en protestas y rebeliones: la organización. Si tomamos uno de los episodios más analizados por el autonomismo argentino, las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001, rápidamente podemos comprender su gestación en el fracaso de la política neoliberal, pero también en la construcción de nuevas formas organizativas de los sectores populares (especialmente las asambleas barriales y los movimientos de desocupados) y en el desacople con las estructuras políticas partidarias. El único elemento ausente en el Caracazo, en nuestra perspectiva, fue la creación de nuevas estructuras organizativas que expliquen la masividad de la protesta. Sin embargo, el relato de Iturriza López ya citado, constantemente apela a las manifestaciones estudiantiles de los días previos y del mismo 27 de febrero de 1989, así como a la presencia de “viejos izquierdistas” y de militantes de organizaciones armadas. Es decir que la “multitud” del Caracazo contiene elementos organizados que explican su surgimiento. Especialmente podemos rastrear estos elementos en la conformación de las barriadas populares de Caracas.¹⁴ La lucha por el reconocimiento del trazado urbano y la llegada de servicios sociales configuró un importante activismo social que luego se complementó con la presencia masiva de militantes de partidos de izquierda así como con la de ex combatientes de organizaciones guerrilleras. La amplia y profunda militancia social en las comunidades no fue partidizada, sin embargo, difundió ideas y una importante cultura de izquierdas lo cual, sin duda, tuvo un determinante rol en la revuelta de febrero de 1989.

Un aporte relevante para poder comprender más cabalmente los fenómenos que estudiamos en este artículo lo constituye el análisis del *arriba* y el *abajo* realizado por Steve Ellner.¹⁵ El *arriba* –compuesto por la dirección política del proceso bolivariano que conduce el gobierno y los aparatos del estado– sumado a la estructura partidaria del MVR, se combina y disputa con un *abajo* en el que priman los movimientos sociales de organización horizontalista, las organizaciones sindicales chavistas y el movimiento cooperativista.

¹⁴ OLLIVIER, Serge: “La emergencia de un desafío popular: hacia una historia del rechazo de la democracia de partidos en los barrios populares de Caracas (1973-1989)”, en *Taller. Revista de Sociedad, Cultura y Política en América Latina*, vol. 3, n° 3, 2014.

¹⁵ ELLNER, Steve: “Las estrategias ‘desde arriba’ y ‘desde abajo’ del movimiento de Hugo Chávez”, en *Cuadernos del CENDES*, vol. 23, n° 62, Caracas, mayo 2006, pp. 76-95.

Retomar estas claves de análisis resulta útil a fin de construir explicaciones que superen a la multitud como clave analítica central, complejizando dos esferas que constantemente se superponen. Esto nos permitirá comprender los sucesos del 11 al 13 de abril de 2002, especialmente la movilización que derrota el golpe de Estado.

Todo 11 tiene su 13 y todo 13, su organización

En la explicación de la reversión popular del golpe de estado sucedida el 13 de abril, Beasley-Murray cambia los términos del análisis. Allí la multitud se representa como un *outsider* que emerge por fuera del campo de disputa que el autor erige como principal: los medios de comunicación audiovisual. Esta hipótesis debe ser puesta a prueba a la luz de lo sucedido en el “abajo” en Venezuela desde la asunción de Chávez a la presidencia, ya que como han señalado varios autores (Ellner, Lander (2007), Laclau (2005), entre otros), se ha dado un proceso de reorganización y transformación de las clases populares venezolanas.¹⁶

El periodo 1999-2002 fue, sin dudas, políticamente convulsionado en Venezuela. Para ilustrar algunos de los cambios, entendemos que tres sucesos impactan en el conjunto de la sociedad: el quiebre del bipartidismo en la elección de 1999, la reforma constitucional y la renovación del conjunto de las autoridades que se eligen mediante el voto. Estos tres sucesos marcaron el surgimiento de la V República, que daba nombre al movimiento chavista. Sin embargo, el “abajo”, ese sustrato de organización social y política con escasa inserción institucional, de gran capacidad de movilización callejera y con relativa autonomía respecto de los partidos políticos, no fue ajeno a estos eventos.

La composición del “abajo” es bastante diversa. Por un lado, existían los Círculos Bolivarianos, espacios de deliberación y organización barrial, los cuales eran nombrados con terror por los sectores altos de la sociedad venezolana.¹⁷ Además, numerosos movimientos

¹⁶ Además del ya citado ELLNER (2006) y LANDER, Edgardo: “El Estado y las tensiones de la participación popular en Venezuela”, en revista *OSAL*, CLACSO, nº 22, 2007; podemos considerar al respecto los aportes de LÓPEZ MAYA, Margarita: “Participación y poder popular en Venezuela: antes y ahora”; y los de HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, Carmen y LÓPEZ, Roberto: “Cambios y continuidades en el movimiento de trabajadores en Venezuela: 1999-2013”, en: *Taller. Revista de Sociedad, Cultura y Política en América Latina*, vol. 3, nº 3, 2014. Otra mirada referida a la participación comunal en AZZELLINI, Darío: “Participación y poder popular – Consejos Comunales y Comunas”, en: VALERO, Jorge (Ed.): *Democracias nuevas o restauradas. El caso Venezuela*. Caracas, El Perro y la Rana, 2012, pp. 117-130.

¹⁷ Asimismo, encontramos una interesante definición de los Círculos Bolivarianos en Kirk Hawkins: “son una vasta red de asociaciones voluntarias que constituyen el mayor componente organizativo del movimiento

sociales integraron la alianza chavista, con fuerte inserción territorial y trabajo previo a la integración en el MVR. Finalmente, la CTV (Central de Trabajadores de Venezuela) se encontraba en oposición abierta a Chávez, lo que la había conducido a una alianza con la federación patronal y luego a apoyar el golpe de Estado. Y la oposición al oficialismo cetevista, si bien alineada al chavismo, aunque de composición heterogénea, debatía las diferentes estrategias para organizar el movimiento de trabajadoras y trabajadores en forma democrática.

Los testimonios reunidos por José Roberto Duque dan cuenta del movimiento en el abajo.¹⁸ Luchadoras sociales, sindicalistas y colectivos comunicacionales ponen de manifiesto la disputa vivida el 13 de abril de 2002, no como una irrupción de una masa frente a la ceguera mediática, algo que, ciertamente, fue importante, sino como colectivos conscientes de una situación de conflicto que tuvo su aceleración en noviembre de 2001. En ese mes Chávez dicta un paquete de medidas antineoliberales que afectan al sector petrolero, a la tierra y a la pesca en beneficio del Estado, que tomaba todos estos ingresos para su redistribución. A ello se suma el abierto cuestionamiento a la guerra de Afganistán efectuado por el presidente, lo cual provoca un enfrentamiento con los EE.UU. Señalamos noviembre de 2001 como inicio de la aceleración del enfrentamiento, porque los dos hechos reseñados implican a quienes van a transformarse en actores principales del golpe: los sectores dirigentes de las clases dominantes y los Estados Unidos de Norteamérica.¹⁹ A fin de poder comprender mejor y visibilizar al “abajo” que actuó en las jornadas del 11 al 13 de abril de 2002, expongo algunos testimonios extraídos del libro de Duque antes mencionado, que son representativos del “abajo”. Ellos nos permitirán sumergirnos en los análisis de las

populista que respalda a Hugo Chávez en Venezuela durante sus primeros años en el poder, involucrando en la cima de su actividad a casi 2.2 millones de personas. Los Círculos juegan un rol clave en la manifestación contra la destitución temporal de Chávez en abril del 2002, y también participan en la organización de comunidades, el acceso a programas gubernamentales de lucha contra la pobreza y en la campaña por el referéndum presidencial en el 2004”. Advertimos este fenómeno en la escena del documental “La revolución no será televisada” antes mencionado en la cual, en reuniones barriales de las zonas pudientes de Caracas, se repartían instructivos que hacían mención expresa de esta organización. HAWKINS, Kirk: “La organización populista. Los Círculos Bolivarianos en Venezuela”, Congreso Latinoamericano y Caribeño de Ciencias Sociales, “50 años de la FLACSO”, Quito, Ecuador, 2007.

¹⁸ DUQUE, José Roberto: *Del 11 al 13. Testimonios y grandes historias mínimas de abril de 2002*. Caracas, Ministerio del Poder Popular para la Cultura 2012.

¹⁹ Vale decir que solo los EE.UU. y España, con José María Aznar como presidente, fueron los únicos países que reconocen el gobierno ilegítimo de Carmona Estanga el 12 de abril de 2002.

organizaciones y activistas que efectuaron el contragolpe. Edgar Márquez, sindicalista de la Fuerza Bolivariana de Trabajadores²⁰ afirma sobre los días previos:

Después del paro patronal del 10 de diciembre de 2001 (...) el clima político se notaba enrarecido en Caracas, llega el día 23 de enero y con él un momento importante, pues tanto el Gobierno como la oposición organizaron marchas multitudinarias. (...) Así que, quienes hemos hecho vida en el movimiento popular, toda su militancia, amigos y simpatizantes, nos propusimos armar una estrategia de defensa de Miraflores, un plan de defensa. (...) También decidimos, ya los primeros días de abril, conformar un equipo de dirección que presentara líneas de acción a las cuales todos los grupos respondieran.²¹

El testimonio de Ramón Sánchez, educador, alumbra sobre el clima entre la militancia de izquierda: “Al día siguiente empiezo a hacer y recibir llamadas; una de ellas era de una vecina La Negra Herrera, militante de izquierda de toda la vida. Fue ella la primera en decirme que había focos de protesta por todas partes y que era necesario hacer lo mismo con los que estuvieran disponibles, ahí en la parroquia”.²²

El conjunto de estas experiencias no se pueden comprender sin la irrupción del chavismo como fuerza política. Los enfrentamientos por la constituyente, en la disputa con la CTV y contra los intereses de las clases dominantes en el ámbito pesquero, de la explotación de la tierra y de apropiación de la renta petrolera disputado en las leyes mencionadas, diversos colectivos se encontraron y potenciaron. Estos testimonios abren el paso hacia un mundo de organización, de lucha y de análisis político, elementos clave para historizar los eventos del 13 de abril en una forma diferente a la planteada por Beasley-Murray. El emergente del 13 de abril, en consecuencia, no cuadra en los cánones de una “multitud” intempestiva surgida en los márgenes del sistema político sino que es un avance cualitativo y cuantitativo de los procesos organizativos previos encausados mediante una dirección política que había cumplido un conjunto de demandas largamente esperadas. Sin dudas, este *abajo* es heredero de experiencias pasadas, sin embargo, encontró en el proceso

²⁰ La Fuerza Bolivariana de Trabajadores constituyó una corriente que dentro de la CTV que agrupó a las trabajadoras y trabajadores identificados con el chavismo, mantuvo una relación directa con el MVR y el gobierno.

²¹ DUQUE, op. cit. p. 106

²² *Ibidem*.

en curso una unidad de acción y de sentidos que hasta entonces había estado dispersa. Indudablemente el chavismo, como fuerza social, sufrió modificaciones con la experiencia antigolpista del 13 de abril, lo cual reforzó la inserción y relevancia de movimientos sociales y nuevos colectivos que fijaron como hito fundacional de su experiencia política la reversión popular del golpe.

Estas consideraciones nos permiten analizar al bloque encabezado por Chávez fuera de un esquema de pensamiento lineal que entiende que una fuerza social plenamente constituida, una vez que llega al gobierno despliega su política. En las modificaciones del bloque chavista podemos observar que el sujeto que se constituye en estos años no se homogeneiza ni pierde su capacidad de impugnar ciertas medidas tomadas por la dirigencia. Por ejemplo, podemos mencionar la estatización de SIDOR en 2008 como una medida no planificada por el presidente Chávez que fue impulsada por el poderoso movimiento de trabajadoras y trabajadores de la región de Guayana; zona donde se encuentra SIDOR y el conjunto de industrias básicas ligadas a la industria petrolera.²³

Ahora bien, los eventos que llevaron al golpe de Estado de 2002 obligan a afinar los términos del análisis a causa de la innegable presencia en las calles de la oposición de derecha, que contó con cientos de miles de personas. Esa fuerte presencia no se debió solamente a los medios masivos de comunicación, sino que fue convocada también mediante redes informales y persona a persona. En el ya mencionado documental de 2003 “La revolución no será televisada” podemos observar cómo grupos de las zonas pudientes de Caracas mantienen reuniones sobre “seguridad” ante los posibles ataques de los Círculos Bolivarianos. Entonces aquí nos encontramos con el problema de la multitud “de derecha”. En su libro, Beasley-Murray responde a este problema indicando que se debe analizar si los afectos producidos por la multitud expanden o reducen “lo común” como indicativo de si es una multitud “buena” o “mala”. La producción de lo común se basaría en el encuentro de los cuerpos en libertad, que amplifican sus afectos y crean nociones comunes que crean el espacio “común”. Allí se crea entonces una sociedad nueva.

²³ El complejo siderúrgico SIDOR (Siderúrgica del Orinoco “Alberto Maneiro”) produce, entre otros varios y valiosos productos, tubos sin costura, elemento central de la producción petrolera en el mundo.

La definición de Beasley-Murray, en nuestra opinión, elude el problema por la vaguedad con la que define los términos que constituyen a lo “común”. Sumado a ello, Beasley-Murray entiende a lo común como algo inherentemente positivo, lo que parece estar en contradicción con su propio acercamiento crítico al concepto de sociedad civil en el caso chileno (pp. 167-210), cuando esta última se puede amalgamó al neoliberalismo. Las experiencias del siglo XX, como el nazismo y su construcción de “comunidad”, nos previenen del peligro siempre presente de esencializar los conceptos, dejando de lado la necesidad de disputar su contenido desde una postura ética y política. Esa disputa es, en nuestra visión, una batalla que se resuelve en el terreno de la hegemonía. En términos del análisis de las movilizaciones nos parece útil retomar un estudio que nos permita una distinción entre multitud “buena” o “mala” en la observación de una situación concreta, ubicada temporal y espacialmente, en donde las múltiples determinaciones (políticas, ideológicas, de género, de tradición, etc.) se desplieguen y, en su valoración, el autor ofrezca una conclusión.

En *Poshegemonía* encontramos un enfoque inmanentista que no resuelve el problema. En el actual contexto venezolano, esto reviste capital importancia, ya que la derecha vuelve a tomar las calles, tanto en forma pacífica como violenta, pero claramente dirigida por la Mesa de Unidad Democrática (MUD), renovado conglomerado heredero de la etapa neoliberal del puntofijismo. En esta ocasión la MUD está conducida por fuerzas nuevas surgidas luego del ascenso del chavismo, como lo son Primero Justicia o Un Nuevo Tiempo. El ciclo de movilización en 2013 y su renovación durante 2016 y 2017 muestra la vitalidad de la derecha venezolana, ahora montada sobre un escenario regional que disputa la dirección política del continente y con métodos renovados, apela a la movilización popular, jugando al borde de la institucionalidad vigente, y coordina a la vez con poderes económicos de peso nacional e internacional, como el Grupo Polar, distribuidor de la mayoría de productos básicos en el país. Además, algunos errores y decisiones del gobierno, como la quita de funciones al Parlamento por el Tribunal Supremo de Justicia, envalentonaron a la oposición que se lanzó a una decidida ofensiva. Vale la pena cuestionarse aquí si la derecha ha sumado adeptos o si el chavismo ha dejado de seducir a un sector de su propia base, como la derrota de las elecciones legislativas de 2015 podría hacer suponer. También es una cuestión pendiente si la base social que moviliza la derecha tiene algún tipo de identidad

propia que supere al antichavismo. En este nuevo contexto, los postulados poshegemónicos que presenta Beasley-Murray no nos parecen los más útiles para analizar las determinaciones del actual escenario.

Conclusión

La publicación de *Poshegemonía* de Jon Beasley-Murray constituye un aporte importante para la teoría crítica latinoamericana y para la teoría de la hegemonía en particular. Especialmente porque la “hegemonía de la hegemonía” ha generado estudios que reproducen esquemas explicativos dominantes que pierden profundidad, como bien señala el autor. Como punto relevante de sus argumentos, resulta interesante destacar su llamado de atención sobre la confusión existente en el campo de los estudios culturales entre cultura y Estado, especialmente en un continente en continuo debate por la intervención estatal, sus alcances y sus límites.

La propuesta posthegemónica es una reformulación de la propuesta autonomista, encarada antes por Negri y Hardt. Como bien han señalado los mencionados estudios de Starcenbaum, Carassai y Nunes, la crítica a la teoría de la hegemonía se centra en la captura del poder constituyente de la multitud, poder que se gesta en los lazos afectivos y se ponen en práctica hábitos que detienen la reproducción social típica de la rutinización de la cotidianeidad. Como detallamos en el análisis del Caracazo y del contragolpe de 13 de abril de 2002, la poshegemonía no puede, por sí sola, dar cuenta del conjunto del proceso histórico social de ambos hechos. La multitud hace su ingreso en el análisis despojada de su historia, rompiendo las ataduras de la política en tanto hegemonía, y ello le quita poder de comprensión en sí. Sin embargo, debemos reconocer algunos elementos interesantes que pueden contribuir al análisis de la historia y la actualidad latinoamericana.

Queremos destacar dos de los puntos planteados por Beasley-Murray. En primer lugar, sus advertencias sobre cómo la visión populista o cómo los estudios culturales tratan el Estado, constituyen una alerta metodológica y un fallo teórico importante en los campos mencionados. La estatalidad es un elemento presente en la historia latinoamericana en los últimos 150 años y no tomar su debida dimensión en los conflictos que recorren al continente genera puntos ciegos en el análisis.

En segundo lugar, nos parece relevante ampliar el campo de la política, otorgando relevancia a los afectos como clave de análisis. La importancia de los liderazgos en regímenes políticos presidencialistas implica la producción y reproducción de identidades políticas que hacen del vínculo líder-masa una experiencia colectiva que arraiga en el nivel de los sentimientos. El protagonismo de la movilización en términos de encuentro implica a los afectos, muchas veces olvidados en la teoría política.

Luego de revisar sus aportes, queremos identificar algunos problemas en la obra del autor. En primer lugar, plantea un rechazo total a la política institucional y sus alcances. Hablando de las victorias electorales de los gobiernos progresistas de la última década, postula que “en el mejor de los casos, estas victorias electorales son un síntoma, y en el peor, una reacción.” (Beasley-Murray 2010, 260), así como también plantea a los gobiernos posneoliberales como “una nueva guardia”. Estas afirmaciones realzan la oleada de movilizaciones y rebeliones que dieron lugar al “Giro a la izquierda” como el momento “verdadero” de la acción popular y al posterior cambio institucional como su derrota. La lectura antiinstitucionalista de Beasley-Murray, en nuestra opinión, reduce la agencia de los sujetos y la conflictividad durante los gobiernos de la última década a “ficciones” surgidas de la lectura a través de la teoría de la hegemonía.

En segundo lugar, una visión del Estado como “cosa”. Beasley-Murray reduce la lucha contrahegemónica como “el contra poder [que] debe buscar la toma del Estado y establecer su propia hegemonía” (Beasley-Murray, 252) y plantea, retomando a Negri, una “‘República constituyente’, esto es, “una República que adviene antes del Estado, fuera del Estado”” (ibidem). Si consideramos que el Estado es una relación social ¿cómo se puede estar entonces “fuera del estado”? En la forma compleja que ha asumido la sociedad en el capitalismo tardío en América Latina no nos parece posible evitar la estatalidad como momento necesario, aun cuando se pretenda superarlo.

En tercer y último lugar, encontramos el punto de la representación. El rechazo a los mecanismos de representación que existen en la democracia parlamentaria, como los descritos por Beasley-Murray por la teoría de la hegemonía (en su versión populista), implica que la multitud prescinde de aquellos. En su libro solo encontramos una forma de organización de la multitud, el libre flujo de afectos. Si consideramos solamente al Estado en su dimensión simbólica y material, podemos mencionar que la multitud debe hacer frente

tanto a los aparatos ideológicos como a los represivos. Para los primeros, podríamos argumentar en favor de Beasley-Murray que la liberación de la sujeción de la multitud y la ruptura del cinismo, ya que da por descontado que todo el mundo “sabe” que es explotado, implica que no tienen efecto alguno; mientras que los segundos son un problema que no puede resolver. El único ejemplo histórico que nos ofrece sobre un necesario enfrentamiento con los aparatos represivos del Estado aparece en el capítulo sobre Perú y Sendero Luminoso. ¿Es una guerrilla vertical y jerarquizada la forma de organización de la multitud? Entendemos que esta explicación resulta poco coherente y no parece estar muy en sintonía con el conjunto de su propuesta.

El libro de Beasley-Murray plantea cuestionamientos interesantes a los estudios culturales y a la teoría de la hegemonía. Sin embargo, hemos mostrado que el autor no logra proponer una forma de análisis válido que pueda iluminar el conjunto del proceso social, como es su pretensión. Aún con sus límites y la adaptación necesaria al contexto latinoamericano, considero que la teoría de la hegemonía formulada por Gramsci y continuada por sus múltiples y diversos seguidores, resulta todavía hoy una herramienta superior de análisis para la historia y el presente latinoamericano.²⁴

Basados en nuestro análisis, entendemos que el mejor aporte que podemos hacer a la renovación del análisis crítico en general, y a la teoría de la hegemonía en particular, es historizar tanto los procesos sociales pasados como aquellos que están en curso. Desandar la densidad de los múltiples pasados que determinan el presente nos posibilita complejizar las teorías y, a su vez, contruir nuevos conceptos a la luz de los procesos históricos analizados. Sostenemos que una teoría crítica como herramienta interpretativa debe dar cuenta no solo de nuevas formas de leer el pasado y el presente, sino de incrementar la complejidad de las lecturas ya realizadas. En este sentido, la poshegemonía parece una forma de análisis poco adecuada al contexto de la historia latinoamericana y su presente, quizás por su crítica sin concesiones de la tradición del análisis gramsciano, así como la nula mención a obras que

²⁴ Para una revisión de la teoría de la hegemonía, podemos consultar la obra de ANDERSON, Perry: *Las antinomias de Antonio Gramsci*. Barcelona, Fontamara, 1981; una problemática revisitada recientemente por el mismo autor en “Los herederos de Gramsci”, en *New Left Review*, n° 100, octubre 2016, pp. 79-110. Para un recorrido argentino y latinoamericano resulta imprescindible ARICÓ, José: *La cola del diablo. Itinerarios de Gramsci en América Latina*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2014.

intentan la misma empresa, es decir, leer la historia de América Latina en su conjunto²⁵. Los aportes reseñados por Maristella Svampa dan cuenta de los aportes críticos que han explicado la historia latinoamericana, muchos de ellos inscriptos en la teoría de la hegemonía.²⁶

Más allá de no cumplir cabalmente con sus objetivos, *Poshegemonía* se erige como una alerta teórica y metodológica relevante para profundizar los análisis que pretendan, desde múltiples lugares, aportar a la emancipación de los pueblos latinoamericanos. Por ello creemos que, incorporar sus elementos novedosos a la renovación de la teoría crítica en clave histórica, es un paso cierto en esa dirección.

²⁵ Solo mencionamos algunas como: HALPERIN DONGHI, Tulio: *Historia Contemporánea de América Latina*. Buenos Aires, Alianza, 2008; BETHELL, Leslie (comp): *Historia de América Latina*. Barcelona, Crítica, 1990; y CARMAGNANI, Marcelo: *El otro occidente. América Latina desde la invasión europea hasta la globalización*, México, FCE, 2004.

²⁶ SVAMPA, Maristella: *Debates Latinoamericanos. Indianismo, desarrollo, dependencia, populismo*. Buenos Aires, Edhasa, 2015. Otra importante perspectiva la aporta GARCIA LINERA, Álvaro: “El Estado en transición. Bloque de poder y punto de bifurcación”, en: García Linera et al. *El Estado. Campo de lucha*. La Paz, Muela del Diablo, 2010 pp. 7-40.